

de mil y quinientos y tantos años, y venian refrendadas del secretario don Francisco de los C6bos, que despu6s fu6 comendador mayor de Leon; y entonces escribi6 su majestad ces6rea 6 Cort6s 6 6 todos los que con 6l pasamos, agradeci6ndonos los muchos y buenos 6 notables servicios que le haciamos; y tambien en aquella saz6n el rey don Hernando de Hungr6a, rey de romanos, que as6 se nombraba, padre del emperador que agora es, escribi6 otra carta en respuesta de lo que Cort6s le habia escrito, y enviado presentadas muchas joyas de oro; y lo que decia el rey de Hungr6a en la carta que escribi6 6 Cort6s era, que ya tenia noticia de los muchos y grandes servicios que habia hecho 6 Dios primeramente, y 6 su se6or y hermano el Emperador, y 6 toda la cristiandad, y que en todo lo que se le ofreciese, que se lo haga saber, porque sea intercesor en ello con su se6or y hermano el Emperador, porque de mucho mas era mercedora su generosa persona, y que diese sus encomiendas 6 los fuertes soldados que le ayudaron; y decia otras palabras de ofrecimientos; y acu6rdaseme que en la firma decia: «Yo el Rey, 6 infante de Castilla;» y refrendada de su secretario, que se decia Fulano de Castillejo; y esta carta yo la le6 dos 6 tres veces en M6jico, porque Cort6s me la mostr6 para que viese en cu6n grande estima 6ramos tenidos los verdaderos conquistadores, de su majestad. Pues como todos estos despachos tuvieron nuestros procuradores, luego enviaron con ellos por la posta 6 un Rodrigo de Paz, primo de Cort6s y deudo del licenciado Francisco Nu6ez, y tambien vino con ellos un hidalgo de Extremadura, pariente del mismo Cort6s, que se decia Francisco de las Casas, y trajeron un buen nav6o velero, y vinieron camino de la isla de Cuba, y en Santiago de Cuba, donde Diego Velazquez estaba por gobernador, se le notificaron las reales provisiones y sentencia, para que se dejase del pleito de Cort6s y le demandase los gastos que habia hecho; la cual notificaci6n se hizo con trompetas; y el Diego Velazquez, de pesar, cay6 malo, y dende 6 pocos meses muri6 muy pobre y descontento; y por no volver yo otra vez 6 recitar lo que en Castilla negoci6 el Francisco de Montejo y el Diego de Ord6s, dir6lo ahora, y fu6 as6: que al Francisco de Montejo su majestad le hizo merced de la gobernaci6n y adelantamiento de Yucatan 6 Cozumel, y trajo don y se6or6a, y al Diego de Ord6s su majestad le confirm6 los indios que tenia en la Nueva-Espa6a y le di6 una encomienda de se6or Santiago, y el volcan que estaba cabe Guaxocingo por armas, y con ello se vinieron 6 la Nueva-Espa6a. Dende 6 dos 6 tres a6os el mismo Ord6s volvi6 6 Castilla y demand6 la conquista del Marañ6n, donde se perdi6 6l y su hacienda. Dejemos desto, y digamos c6mo el obispo de B6rgos, que en aquella saz6n supo los grandes favores que su majestad hizo 6 Cort6s y 6 todos nosotros los conquistadores, y c6mo muy claramente aquellos caballeros que fueron jueces habian alcanzado 6 saber los tratos que entre 6l y Diego Velazquez habia, y c6mo tomaba el oro que envi6bamos 6 su majestad, y enebria y torcia nuestros muchos servicios, y aprobaba por buenos los de su amigo Diego Velazquez, si muy triste y pensativo estaba de antes, ahora desta vez cay6 malo dello y de otros

enojos que tuvo con un caballero su sobrino, que se decia don Alonso de Fonseca, arzobispo que fu6 de Santiago, porque pretendia aquel arzobispado de Santiago el don Juan Rodriguez de Fonseca. Dejemos de hablar desto, y digamos c6mo el Francisco de las Casas y el Rodrigo de Paz llegaron 6 la Nueva-Espa6a, y entraron en M6jico con las reales provisiones que de su majestad traian para ser gobernador Cort6s, que alegr6as y regocijos se hicieron, y que de correos fueron por todas las provincias de la Nueva-Espa6a 6 demandar albricias 6 las villas que estaban pobladas, y que mercedes hizo Cort6s al de las Casas y al Rodrigo de Paz y 6 otros que venian en su compa6a, que eran de Medell6n, su tierra de Cort6s; y es, que al Francisco de las Casas le hizo capit6n y le di6 luego un buen pueblo que se dice Anguitlan, y al Rodrigo de Paz le di6 otros muy buenos y ricos pueblos, y le hizo su mayordomo mayor y su secretario, y mandaba absolutamente al mismo Cort6s; y tambien 6 los que vinieron de su tierra de Medell6n, 6 todos les di6 indios, y al maestre del nav6o en que trajeron la nueva de c6mo Cort6s era gobernador le di6 oro, con que volvi6 rico 6 Castilla. Dejemos ahora esto de recitar las alegr6as y albricias que se dieron por las nuevas, y quiero decir lo que me han preguntado algunos curiosos lectores, y tienen razon de poner pl6tica sobre ello, que c6mo pude yo alcanzar 6 saber lo que pas6 en Espa6a, as6 de lo que mand6 su santidad como de las quejas que dieron de Cort6s, y las respuestas que sobre ello propusieron nuestros procuradores, y la sentencia que sobre ello se di6, y otras muchas particularidades que aqu6 digo y declaro, estando yo en aquella saz6n conquistando en la Nueva-Espa6a 6 sus provincias, no lo pudiendo ver ni o6r? Yo les respond6 que, no solamente lo alcanc6 yo 6 saber, sino que todos los mas conquistadores que lo quisieron ver y leer en cuatro 6 cinco cartas y relaciones por sus cap6tulos declarado, c6mo y cu6ndo y en qu6 tiempo acaeci6 lo por m6 dicho; las cuales cartas y memoria las escribieron de Castilla nuestros procuradores porque conoci6semos que entendian con mucho calor en nuestros negocios. Yo dije en aquel tiempo muchas veces que solamente lo que procuraban, segun pareci6, era por las cosas de Cort6s y las suyas dellos, y que nosotros los que lo gan6bamos y conquist6bamos, y le pusimos en el estado que Cort6s estaba, quedamos siempre con un trabajo sobre otro, y roguemos 6 nuestro Se6or Dios nos d6 favor y 6nimo, y ponga en corazon 6 nuestro gran c6sar mande que su recta justicia se cumpla, pues que en todo es muy cat6lico. Pasemos adelante, y digamos en lo que Cort6s entendió desde le vino la gobernaci6n.

CAPITULO CLXIX.

De en lo que Cort6s entendió despu6s que le vino la gobernaci6n de la Nueva-Espa6a, c6mo y de qu6 manera reparti6 los pueblos de indios, 6 otras cosas que mas pasaron, y una manera de pl6tica que sobre ello se ha declarado entre personas doctas.

Ya que le vino la gobernaci6n de la Nueva-Espa6a 6 Hernando Cort6s, pareceme 6 m6 y 6 otros conquistadores de los antiguos, de los mas experimentados y maduro consejo, que lo que habia de mirar Cort6s era acordarse desde el d6a que sali6 de la isla de Cuba y

tener atenci6n 6 todos los trabajos en que se vi6, as6 cuando en lo de los arenales, cuando desembarcamos, qu6 personas fueron en le favorecer para que fuese capit6n general y justicia mayor de la Nueva-Espa6a; y lo otro, qui6n fueron los que se hallaron siempre 6 su lado en todas las guerras, as6 de Tabasco y Cingapacinga, y en tres batallas de Tlascala, y en la de Cholula cuando tenian puestas las ollas con aj6 para nos comer cocidos; y tambien qui6n fueron en favorecer su partido cuando por seis 6 siete soldados que no estaban bien c6n 6l le hacian requerimientos que se volviese 6 la Villa-Rica y no fuese 6 M6jico, poni6ndole por delante la gran pujanza de guerreros y gran fortaleza de la ciudad; y qui6n fueron los que entraron con 6l en M6jico y se hallaron en prender al gran Montezuma; y luego que vino P6nfilo de Narvaez con su armada, qu6 soldados fueron los que llev6 en su compa6a y le ayudaron 6 prender y desbaratar al Narvaez; y luego qui6n fueron los que volvieron con 6l 6 M6jico al socorro de Pedro de Albarado, y se hallaron en aquellas fuertes y grandes batallas que nos dieron, hasta que salimos huyendo de M6jico, que de mil y trecientos soldados quedaron muertos sobre ochocientos y cincuenta, con los que mataron en Tustepeque 6 por los caminos, y no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta muy heridos, y 6 Dios misericordia. Y tambien se le habia de acordar de aquella muy temerosa batalla de Obtumba, qui6n, despu6s de dos d6as, se le ayud6 6 vencer y salir de aquel tan gran peligro; y despu6s qui6n y cu6ntos le ayudaron 6 conquistar lo de Tepeaca y Cachula y sus comarcas, como fu6 Ozucar y Guacachula y otros pueblos; y la vuelta que dimos por Tezcuco para M6jico, y de otras muchas entradas que desde Tezcuco hicimos, as6 como la de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar con echar el agua de la laguna, como echaron, creyendo nos ahogar; y asimismo las batallas que hubimos con los naturales de aquel pueblo y mejicanos que les ayudaron; y luego la entrada del Saltocan y los pe6oles que llaman hoy d6a del Marqu6s, y otras muchas entradas; y el rodear de los grandes pueblos de la laguna, y de los muchos encuentros y batallas que en aquel viaje tuvimos, as6 de los de Suchimileco como de los de Tacuba; y vueltos 6 Tezcuco, qui6n le ayud6 contra la conjuraci6n que tenian concertado de le matar, cuando sobre ello ahorc6 un Villaf6a; y pasado esto, qui6n fueron los que le ayudaron 6 conquistar 6 M6jico, y en noventa y tres d6as, 6 la continua de d6a y de noche, tener batallas y muchas heridas y trabajos, hasta que se prendió 6 Guatemuz, que era el que mandaba en aquella saz6n 6 M6jico; y qui6n fueron en le ayudar y favorecer cuando vino 6 la Nueva-Espa6a un Crist6bal de Tapia para que le diese la gobernaci6n. Y dem6s de todo esto, qui6nes fueron los soldados que escribimos tres veces 6 su majestad en loor de los grandes y muchos y buenos servicios que Cort6s le habia hecho, y que era digno de grandes mercedes y le hiciese gobernador de la Nueva-Espa6a. No quiero aqu6 traer 6 la memoria otros servicios que siempre 6 Cort6s haciamos; pues los varones y fuertes soldados que en todo esto nos hallamos, y ahora que le vino la gobernaci6n, que, despu6s de Dios, con nuestra ayuda

se la dieron, bien fuera que tuviera cuenta con Pedro, Sancho y Mart6n y otros que lo merecian; y el soldado y compa6ero que estaba por su ventura en Colima 6 en Zacatula, 6 en P6nco 6 en Guacacualco, y los que andaban huyendo cuando despoblaron 6 Tutepeque, y estaban pobres y no les cupo suerte de buenos indios, pues que habia bien que dalles; y sacalles de mala tierra, pues que su majestad muchas veces se lo mandaba y encargaba por sus reales cartas misivas; y no daba Cort6s nada de su hacienda, habiales de dar con que se remediasen, y en todo anteponelles; y siempre cuando escribiese 6 los procuradores que estaban en Castilla en nuestro nombre, que procurasen por nosotros; y el mismo Cort6s habia de escribir muy afectuosamente para que nos diese para nosotros y nuestros hijos cargos y oficios reales, todos los que en la Nueva-Espa6a hubiese; mas digo que mal ajeno de pelo cuelga, 6 que no procuraba sino para 6l; lo uno la gobernaci6n que le trajeron antes que fuese marqu6s, 6 despu6s que fu6 6 Castilla y vino marqu6s. Dejemos esto, y pongamos aqu6 otra manera, que fuera harto buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva-Espa6a, segun dicen muy doctos conquistadores, que lo ganamos, de prudente y maduro juicio; que lo que habia de hacer es esto: hacer cinco partes la Nueva-Espa6a, y la quinta parte de las mejores ciudades y cabeceras de todo lo poblado dalla 6 su majestad de su real quinto, y otra parte dejalla por repartir, para que fuese la renta della para iglesias y hospitales y monasterios, y para que su majestad, si quisiese hacer algunas mercedes 6 caballeros que le hayan servido en Italia, de all6 pudiera haber para todos; y las tres partes que quedaran repartidas en su persona de Cort6s y en todos nosotros los verdaderos conquistadores, segun y de la calidad que sentia que era cada uno, y dalles perpetuos, porque en aquella saz6n su majestad lo tuviera por bien; porque, como no habia gastado cosa ninguna en estas conquistas, ni sabia ni tenia noticia destas tierras, estando, como estaba, en aquella saz6n en Fl6ndes, y viendo una buena parte de las del mundo que le entregamos, como sus muy leales vasallos, lo tuviera por bien y nos hiciera merced dellas, y con ello qued6ramos; y no anduvi6ramos ahora, como andamos, abatidos y de mal en peor, y muchos de los conquistadores no tenemos con qu6 nos sustentar; qu6 har6n los hijos que dejamos? Quiero decirlo que hizo Cort6s, y 6 qui6n di6 los pueblos. Primeramente al Francisco de las Casas, 6 Rodrigo de Paz, al factor y veedor y contador que en aquella saz6n vinieron de Castilla; 6 un Avalos y 6 Saavedra, sus deudos; 6 un Barrios, con quien cas6 su cu6nada, hermana de su mujer do6a Catalina Juarez; y 6 Alonso L6cas, y 6 un Juan de la Torre, y 6 Luis de la Torre, 6 Vill6gas, y 6 un Alonso Valiente, 6 un Ribera el tuerto. Y 6 para qu6 cuento yo estos pocos? Que 6 todos cuantos vinieron de Medell6n, 6 otros criados de grandes se6ores, que le contaban cuentos de cosas que le agradaban, les di6 lo mejor de la Nueva-Espa6a. No digo yo que era malo el dar 6 todos, pues habia de qu6; mas que habia de anteponer primero lo que su majestad le mandaba, y 6 los soldados que le ayudaron 6 tener el ser y valor que tenia, ayudalles; y pues que

ya es hecho, no quiero volver á repetirlo; y para ir á entradas y guerras y á cosas que le convenian, bien se acordaba adónde estábamos, y nos enviaba á llamar para las batallas y guerras, como adelante diré. Y dejaré de contar mas lástimas y de cuán avasallados nos traia, pues no se puede ya remediar. Y no dejaré de decir lo que Cortés decia después que le quitaron la gobernacion, que fué cuando vino Luis Ponce de Leon, y como murió el Luis Ponce, dejó por su teniente á Márcos de Aguilar, como adelante diré; y es, que íbamos á Cortés á decille algunos caballeros y capitanes de los antiguos que le ayudamos en las conquistas, que nos diese de los indios, de los muchos que en aquel instante Cortés tenia, pues que su majestad mandaba que le quitasen algunos dellos, como se los habian de quitar, é luego se los quitaron; y la respuesta que daba era, que se sufriesen como él se sufría; que si le volvía su majestad á hacer merced de la gobernacion, que en su conciencia (que así juraba) que no lo erraria como en lo pasado, y que daría buenos repartimientos á quien su majestad le mandó, y enmendaria el gran yerro pasado que hizo; y con aquellos prometimientos y palabras blandas creía que quedaban contentos aquellos conquistadores. Dejémoslo ya, y digamos que en aquella sazón, á pocos dias antes, vinieron de Castilla los oficiales de la hacienda real de su majestad, que fué Alonso de Estrada, tesorero, y era natural de Ciudad-Real, y vino el factor Gonzalo de Salazar, y vino Rodrigo de Albornoz por contador, que ya habia fallecido Julian de Alderete, y este Albornoz era natural de Paladinas ú de la Gama, y vino el veedor Pedro Almindes Chirino, natural de Ubeda ó Baeza, y vinieron muchas personas con cargos. Dejemos esto, y quiero decir que en este instante rogó un Rodrigo Rangel á Cortés (el cual Rangel muchas veces le he nombrado) que, pues no se habia hallado en la toma de Méjico ni en ningunas batallas con nosotros en toda la Nueva-España, que porque hubiese alguna fama dél, que le hiciese merced de le dar una capitania para ir á conquistar á los pueblos de los zapotecas, que estaban de guerra, y llevar en su compañía á Pedro de Ircio, para ser su consejero en lo que habia de hacer; y como Cortés conocia al Rodrigo Rangel, que no era para dalle ningun cargo, á causa que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas, y muy flaco y las zancas y piernas muy delgadas, y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta, denegaba aquella entrada, diciendo que los indios zapotecas eran gente mala de domar por las grandes y altas sierras adonde están poblados, y que no podian llevar caballos; y que siempre hay neblinas y rocíos, y que los caminos eran angostos y resbalosos, y que no pueden andar por ellos sino á manera de decir los piés junto á las cabezas de los que vienen atrás: entendiéndolo de la manera que aquí lo digo, que así es verdad; porque los que van arriba, con los que vienen detrás vienen cabezas con piés; y que no era cosa de ir á aquellos pueblos, y que ya que fuese, que habia de llevar soldados bien sueltos y robustos, y experimentados en las guerras; y como el Rangel era muy porfiado y de su tierra de Cortés, húbole de conceder lo que pedía; y segun después supimos, Cortés lo hubo por bueno embialle do se mu-

riese, porque era de mala lengua; é Cortés escribió á Guacacualco á diez ó doce que nombró en la carta, que nos rogaba que fuésemos con el Rangel á le ayudar, y entre los soldados que mandó ir me nombró á mí, y fuimos todos los vecinos á quien Cortés escribió. Ya he dicho que hay grandes sierras en lo poblado de los zapotecas, y que los naturales de allí son gente muy ligeros é sueltos, y con unas voces é silbos que dan, retumban todos los valles como á manera de ecos; y como habíamos de llevar al Rangel, no podíamos andar ni hacer cosa que buena fuese. E ya que íbamos á algun pueblo, hallábamole despoblado, y como no estaban juntas las casas, sino unas en un cerro y otras en un valle, y en aquel tiempo llovía, y el pobre Rangel dando voces de dolor de las bubas, y la mala gana que todos teníamos de andar en su compañía, y viendo que era tiempo perdido, y que si por ventura los zapotecas, como son ligeros y tienen grandes lanzas, muy mayores que las nuestras, y son grandes flecheros, que si nos aguardaban é hiciesen cara, como no podíamos ir por los caminos sino uno á uno, temíamos no nos viniese algun desman, y el Rangel estaba mas malo que cuando vino, acordó de dejar la negra conquista, que negra se podia llamar, y volverse cada uno á su casa; y el Pedro de Ircio, que traía por consejero, fué el primero que se lo aconsejó, y le dejó solo, y se fué á la Villa-Rica, donde vivía; y el Rangel dijo que se queria ir á Guacacualco con nosotros, por ser la tierra caliente, para prevalecerse de su mal, y los que éramos vecinos de Guacacualco que allí estábamos, por peor tuvimos llevarle con nosotros que á la venida que venimos con él á la guerra; y llegados á Guacacualco, luego dijo que queria ir á pacificar las provincias de Cimatan y Talatupan, que ya he dicho muchas veces en el capítulo que dello habla cómo no habian querido venir de paz á causa de los grandes rios y ciénagas tembladeras entre quien estaban poblados; y demás de la fortaleza de las ciénagas, ellos de su naturaleza son grandes flecheros, y tenían muy grandes arcos y tiran muy á certero. Volvamos á nuestro cuento: que mostró Rangel provisiones en aquella villa, de Hernando Cortés, cómo le enviaba por capitán para que conquistase las provincias que estuviesen de guerra, y señaladamente la de Cimatan y Tulapan; y aperció todos los mas vecinos de aquella villa que fuésemos con él; y era tan temido Cortés, que, aunque nos pesó, no osamos hacer otra cosa, como vimos sus provisiones, y fuimos con el Rangel sobre cien soldados, dellos á caballo y á pié, con obra de veinte y seis ballesteros y escopeteros; é fuimos por Tonalá é Ayagualulco, é Copilco, Zacualco, y pasamos muchos rios en canoas y en barcas, y pasamos por Teutitan, Copilco y por todos los pueblos que llamamos la Chontalpa, que estaban de paz, é llegamos obra de cinco leguas de Cimatan, é en unas ciénagas y malos pasos estaban juntos todos los mas guerreros de aquella provincia, y tenían hechos unos cercados y grandes albarradas de palos y maderos gruesos, y ellos de dentro con unos petriles y saeteras, por donde podian flechar; é de presto nos dan una tan buena refriega de flecha y vara tostada con tiraderas, que mataron siete caballos é hirieron ocho soldados, y al mismo Rangel, que iba á caballo, le dieron

un flechazo en un brazo, y no le entró sino muy poco; y como los conquistadores viejos habíamos dicho al Rangel que siempre fuesen hombres sueltos á pié descubriendo caminos y celadas, y le habíamos dicho de otras veces cómo aquellos indios solian pelear muy bien y con maña, y como él era hombre que hablaba mucho, dijo que votaba á tal, que si nos creyera, que no le aconteciera aquello, y que de allí adelante que nosotros fuésemos los capitanes y le mandásemos en aquella guerra; y luego como fueron curados los soldados y ciertos caballos que tambien hirieron, demás de los siete que mataron, mandóme á mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebrél muy bravo, que era del Rangel, y otros dos soldados muy sueltos y ballesteros, y le dijeron que se quedase bien atrás con los de á caballo, y los soldados y ballesteros fuesen junto conmigo; é yendo nuestro camino para el pueblo de Cimatan, que era en aquel tiempo bien poblado, hallamos otras albarradas y fuerzas, ni mas ni menos que las pasadas, y tiránnos á los que íbamos delante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebrél, é si yo no fuera muy armado, allí quedara, porque me dieron siete flechas, que con el mucho algodón de las armas se detuvieron, y todavía salí herido en una pierna, y á mis compañeros á todos hirieron; y entonces yo dí voces á unos indios nuestros amigos, que venian un poco atrás de nosotros, para que viniesen de presto los ballesteros y escopeteros y peones, y que los de á caballo quedasen atrás, porque allí no podian correr ni aprovecharse dellos, y se los flecharian; y luego acudieron así como lo envié á decir, porque deantes cuando yo me adelanté así lo tenia concertado, que los de á caballo quedasen muy atrás y que todos los demás estuviesen muy prestos en teniendo señal ó mandado, y como vinieron los ballesteros y escopeteros, les hicieron desembarazar las albarradas, y se acogieron á unas grandes ciénagas que temblaban, y no habia hombre que en ellas entrase, que pudiese salir sino á gatas ó con grande ayuda. En esto llegó Rangel con los de á caballo, é allí cerca estaban muchas casas que entonces despoblaron los moradores dellas, y reposamos aquel día y se curaron los heridos. Otro día caminamos para ir al pueblo de Cimatan, y hay grandes cabanas llenas, y en medio de las cabanas muy malisimas ciénagas, y en una dellas nos aguardaron, y fué con ardid que entre ellos concertaron para aguardar en el campo raso de las cabanas, y propusieron que los caballos, por codicia de los alcanzar y alancear, irian corriendo tras ellos á rienda suelta y atollarían en las ciénagas, y así fué como lo concertaron, que por mas que habíamos dicho y aconsejado al Rangel que mirase que habia muchas ciénagas y que no corriese por aquellas cabanas á rienda suelta, que atollarían los caballos, y que suelen tener aquellos indios estas astucias, y hechas saeteras y fuerzas junto á las ciénagas, no lo quiso creer; y el primero que atolló en ellas fué el mismo Rangel, y allí le mataron el caballo, y si de presto no fuera socorrido, ya se habian echado en aquellas malas ciénagas muchos indios para le apañar y llevar vivo á sacrificar, y todavía salió descalabrado en las llagas que tenia en la cabeza; y como toda aquella provincia era muy poblada, y estaba allí

junto otro pueblezuelo, fuimos á él, y entonces huyeron los moradores, y se curó el Rangel y tres soldados que habian herido; y dende allí fuimos á otras casas que tambien estaban sin gente, que entonces las despoblaron sus dueños, y hallamos otra fuerza con grandes maderos y bien cercada y sus saeteras; y estando reposando aun no habia un cuarto de hora, vienen tantos guerreros cimaticos, y nos cercan en el pueblezuelo, que mataron un soldado y á dos caballos, y tuvimos bien que hacer en hacellos apartar; y entonces nuestro Rangel estaba muy doliente de la cabeza, é habia muchos mosquitos, que no dormia de noche ni dia, y murciégalos muy grandes que le mordia y desangraban; y como siempre llovía, y algunos soldados que el Rangel habia traído consigo, de los que nueyamente habian venido de Castilla, vieron que en tres partes nos habian aguardado los indios de aquella provincia, y habian muerto once caballos y dos soldados, y herido á otros muchos, aconsejaron al Rangel que se volviese dende allí, pues la tierra era mala de ciénagas y estaba muy malo; y el Rangel, que lo tenia en gana, y porque pareciese que no era de su albedrío y voluntad aquella vuelta, sino por consejo de muchos, acordó de llamar á consejo sobre ello á personas que eran de su parecer para que se volviesen; y en aquel instante habíamos ido veinte soldados á ver si podíamos tomar alguna gente de unas huertas de cacaguatales que allí junto estaban, y trujimos dos indios y tres indias; y entonces el Rangel me llamó á mí aparte é á consejo, y díjome de su mal de cabeza, é que le aconsejaban todos los demás soldados que se volviese donde estaba Cortés, y me declaró todo lo que habia pasado; y entonces le reprendí su vuelta, y como nos conociamos de mas de cuatro años atrás, de la isla de Cuba, le dije: «¿Cómo, Señor? ¿Qué dirán de vuesa merced, estando cerca del pueblo de Cimatan quererse volver? Pues Cortés no lo terná á bien, y maliciosos que os quieren malos lo darán en cara, que en la entrada de los zapotecas ni aquí no habeis hecho cosa ninguna que buena sea, trayendo, como traeis, tan buenos conquistadores, que son los de nuestra villa de Guacacualco; pues por lo que toca á nuestra honra y á la de vuesa merced, é yo y otros soldados somos de parecer que pasemos adelante; yo iré con todos mis compañeros descubriendo ciénagas y montes, y con los ballesteros y escopeteros pasarémos hasta la cabecera de Cimatan, y mi caballo déle vuesa merced á otro caballero que sepa muy bien menear la lanza é tener ánimo para mandalle, que yo no puedo servirme dél yendo á lo que voy, y que va mas que en alancear, y véngase con los de á caballo algo atrás.» Y como el Rodrigo Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero y hablaba mucho, salió de la casilla en que estaba en el consejo, é á muy grandes voces llamó á todos los soldados, é dijo el Rodrigo Rangel: «Ya es echada la suerte que hemos de ir adelante, que voto á tal (que siempre era este su jurar y su hablar), que Bernal Díaz del Castillo me ha dicho la verdad y lo que á todos conviene;» y puesto que á algunos soldados les pesó, otros lo hubieron por muy bueno; y luego comenzamos á caminar puestos en gran concierto, los ballesteros y escopeteros junto conmigo, y los de á caballo atrás por amor de los montes y cié-

magas, donde no podian correr caballos, hasta que llegamos á otro pueblo, que entonces lo despoblaron los naturales dél, y dende allí fuimos á la cabecera de Cimatán, y tuvimos otra buena refriega de flecha y vara, y de presto les hicimos huir, y quemaron los mismos vecinos naturales de aquel pueblo muchas casas de las súyas, y allí prendimos hasta quince hombres y mujeres, y les enviamos á llamar con ellos á los cimatacas que viniesen de paz, y les dijimos que en lo de las guerras se les perdonaria; y vinieron los parientes y maridos de las mujeres y gente menuda que teniamos presos, y dimosles toda la presa, é dijeron que traerian de paz á todo el pueblo, é jamás volvieron con la respuesta; y entonces me dijo á mí el Rangel: «Voto á tal, que me habeis engañado, é que habeis de ir á entrar con otros compañeros, é que me habeis de buscar otros tantos indios é indias como los que me hicisteis soltar por vuestro consejo;» y luego fuimos cincuenta soldados, é yo por capitán, é dimos en unos ranchos que tenian en unas ciénagas que temblaban, que no osamos entrar en ellas; y dende allí se fueron huyendo por unos grandes breñales y espinos, que se llaman entre ellos Xiguaqueltán, muy malos, que pasan los piés, y en unas huertas de cacaguatales prendimos seis hombres y mujeres con sus hijos chicos, y nos volvimos adonde quedaba el capitán, y con aquello le apaciguamos; y los tornó luego á soltar para que llamasen de paz á los cimatacas, y en fin de razones, no quisieron venir, y acordamos de nos volver á nuestra villa de Guacacualco; y en esto paró la entrada de zapotecas é la de Cimatán, y esta es la fama que queria que hubiese dél Rangel cuando pidió á Cortés aquella conquista. Y dende allí á dos años, ó poco tiempo mas, volvimos de hecho á los zapotecas y á las demás provincias, y las conquistamos y trujimos de paz; y el buen fray Bartolomé de Olmedo, que era santo fraile, trabajó mucho con ellos, y les predicaba y enseñaba los artículos de la fe, y bautizó en aquellas provincias mas de quinientos indios; pero, en verdad que estaba cansado y viejo, y que no podia ya andar caminos, que tenia una mala enfermedad. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Castilla á su majestad sobre ochenta mil pesos de oro con un Diego de Soto, natural de Toro, y paréceme que con un Ribera el tuerto, que fué su secretario; y entonces envió el tiro muy rico, que era de oro bajo y plata, que le llamaban el Ave Fénix, y tambien envió á su padre Martin Cortés muchos millares de pesos de oro. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLXX.

Cómo el capitán Hernando Cortés envió á Castilla, á su majestad, ochenta mil pesos en oro y plata, y envió un tiro, que era una culebrina muy ricamente labrada de muchas figuras, y toda ella, ó la mayor parte, era de oro bajo, revuelto con plata de Mechoacan, que por nombre se decia el Fénix, y tambien envió á su padre, Martin Cortés, sobre cinco mil pesos de oro; y lo que sobre ello avino diré adelante.

Pues como Cortés habia recogido y allegado obra de ochenta mil pesos de oro, y la culebrina que se decia el Fénix ya era acabada de forjar, y salió muy extremada pieza para presentar á un tan alto emperador como nuestro gran César, y decia en un letrado que tenia es-

crito en la mesma culebrina: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.» Todo lo envió á su majestad con un hidalgo natural de Toro, que se decia Diego de Soto, y no me acuerdo bien si fué en aquella sazón un Juan de Ribera, que era tuerto de un ojo, que tenia una nube, el cual habia sido secretario de Cortés. A lo que yo sentí del Ribera, era un hombre no de buenas entrañas, porque cuando jugaba á naipes é á dados no me parecia que jugaba bien, y demás desto, tenia muchos malos reveses; y esto digo porque, llegado á Castilla, se alzó con los pesos de oro que le dió Cortés para su padre Martin Cortés, y porque se lo pidió Martin Cortés, y por ser el Ribera de suyo mal inclinado, no mirando á los bienes que Cortés le habia hecho siendo un pobre hombre, en lugar de decir verdad y bien de su amo, dijo tantos males, y por tal manera los razonaba, que, como tenia gran retórica é habia sido su secretario del mismo Cortés, le daban crédito, especial el obispo de Búrgos. Y como el Narvaez y el Cristóbal de Tapia, y los procuradores del Diego Velazquez y otros que les ayudaban, y habia acaecido en aquella sazón la muerte de Francisco de Garay, todos juntos tornaron otra vez á dar muchas quejas de Cortés ante su majestad, y tantas y de tal manera, é dijeron que fueron parciales los jueces que puso su majestad, por dádivas que Cortés les envió para aquel efeto, que otra vez estaba revuelta la cosa, y Cortés tan desfavorecido, que lo pasara mal si no fuera por el duque de Béjar, que le favoreció y quedó por su fiador, que le enviase su majestad á tomar residencia é que no le hallaria culpado. Y esto hizo el Duque porque ya tenia tratado casamiento á Cortés con una señora sobrina suya, que se decia doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, don Carlos de Arellano, y hermana de unos caballeros y privados del Emperador. Y como en aquella sazón llegaron los ochenta mil pesos de oro y las cartas de Cortés, dando en ellas muchas gracias y ofrecimientos á su majestad por las grandes mercedes que le habia hecho en dalle la gobernación de Méjico, y haber sido servido mandalle favorecer con justicia en la sentencia que dió en su favor, cuando la junta que mandó hacer de los caballeros de su real consejo y cámara. En fin de mas razones, todo lo que estaba dicho contra Cortés se tornó á sosegar con que le fuesen á tomar residencia, y por entonces no se habló mas en ello. Y dejemos ya de decir destes nublados que sobre Cortés estaban ya para descargar, y digamos del tiro y de su letrado de tan sublimado servidor como Cortés se nombró; que, como se supo en la corte, y ciertos duques y marqueses, y condes y hombres de gran valia se tenían por tan grandes servidores de su majestad, y tenían en sus pensamientos que otros caballeros tanto como ellos no hubiesen servido á su majestad, tuvieron que murmurar del tiro, y aun de Cortés porque tal blason escribió. Tambien otros grandes señores, como fué el almirante de Castilla y el duque de Béjar y el conde de Aguilar, dijeron á los mismos caballeros que habian puesto en pláticas que era muy bravoso el blason de la culebrina, no se maravillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro. Veamos ahora, ¿en nuestros tiempos ha habido capitán que tales hazañas haga, y que tantas tierras

CAPITULO CLXXI.

Cómo vinieron al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos de muy santa vida, y venia por su vicario y guardian fray Martin de Valencia, y era tan buen religioso, que hubo fama que hacia milagros; y era natural de una villa de tierra de campo que se dice Valencia de Don Juan, y lo que Cortés hizo en su venida.

Como ya he dicho en los capítulos pasados que sobre ello hablan, habiamos escrito á su majestad suplicándole nos enviase religiosos franciscos de buena y santa vida para que nos ayudasen á la conversion y santa doctrina de los naturales desta tierra para que se volbiesen cristianos, y les predicasen nuestra santa fe, como se la habia fray Bartolomé de Olmedo dado á entender dende que entramos en la Nueva-España, y sobre ello habia escrito Cortés, juntamente con todos nosotros los conquistadores que ganamos la Nueva-España, á don fray Francisco de los Angeles, que era general de los franciscos, que después fué cardenal, para que nos hiciese mercedes que fuesen los religiosos que enviase de santa vida, para que nuestra santa fe siempre fuese ensalzada, y los naturales destas tierras conociesen lo que les deciamos cuando estábamos batallando con ellos, y les deciamos que su majestad enviaria religiosos, y de mucha mejor vida que nosotros éramos, para que les diesen á entender los razonamientos y predicaciones de nuestra fe; y ellos nos preguntaban si eran como el padre fray Bartolomé de Olmedo, y nosotros deciamos que sí. Dejemos esto, y digamos cómo el general don fray Francisco de los Angeles nos hizo merced que luego envió los religiosos que dicho tengo; y entonces vino con ellos fray Toribio Motolinea, y pusieronle este nombre de Motolinea los caciques y señores de Méjico, que quiere decir el fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios lo daba á los indios, y se quedaba algunas veces sin comer, y traia unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los indios le querian mucho, porque era una santa persona. Volvamos á nuestra relacion. Como Cortés supo que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivian españoles, que por donde viniesen les harriesen los caminos, y adonde posasen les hiciesen ranchos si fuese en el campo, y en poblado, cuando llegasen á las villas ó pueblos de indios, les saliesen á recibir y les repicasen las campanas, y que todos comunmente, después de los haber recibido, les hiciesen mucho acato; y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas y con las cruces que hubiese, y por mas humildad, y porque los indios lo vieses, para que tomasen ejemplo, mandó á los españoles se hincasen de rodillas á besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de Méjico, el mismo Cortés, acompañado de fray Bartolomé de Olmedo y de nuestros valerosos capitanes y esforzados soldados, los salimos á recibir, y juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de Méjico, con todos los mas principales mejicanos y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que allegaban cerca, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; é ya que nos encontramos con los reverendos religiosos,

haya ganado sin gastar ni poner en ello su majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido á nuestra santa fe? Y demás desto, no solamente el Cortés, sino los soldados y compañeros que tiene, que le ayudaron á ganar una tan fuerte ciudad, y de tantos vecinos y de tantas tierras, son dignos de que su majestad les haga muchas mercedes; porque, si miramos en ello, nosotros de nuestros antepasados, que hicieron heroicos hechos y sirvieron á la corona real y á los reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho, lo heredamos, y nuestros blasones y tierras é rentas; y con estas palabras se olvidó lo del blason; y porque no pasase de Sevilla la culebrina, tuvimos nueva que á don Francisco de los Còbos, comendador mayor de Leon, le hizo su majestad merced de ella, y que la deshicieron y afinaron el oro, y lo fundieron en Sevilla, é dijeron que valió sobre veinte mil ducados. Y en aquel tiempo, como Cortés envió aquel oro y el tiro, y las riquezas que habia enviado la primera vez, que fueron la luna de plata y el sol de oro, y otras muchas joyas de oro con Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Puertocarrero, y lo que hubo enviado la segunda vez con Alonso de Avila y Quiñones, que esto fué la cosa mas rica que hubo en la Nueva-España, que era la recámara de Montezuma y de Guatemuz y de los grandes señores de Méjico, y lo robó Juan Florin, francés; y como esto se supo en Castilla, tuvo Cortés gran fama, así en Castilla como en otras muchas partes de la cristiandad, y en todas partes fué muy loado. Dejemos esto, y digamos en qué paró el pleito de Martin Cortés con el Ribera sobre los tantos mil pesos que enviaba Cortés á su padre, y es, que andando en el pleito, y pasando Ribera por la villa de Cadahalso, comió ó almorzó unos torreznos, y así como lo comió murió súptamente y sin confesion; perdónele Dios, amen. Dejemos lo acaecido en Castilla, y volvamos á decir de la Nueva-España, cómo Cortés estaba siempre entendiendo en la ciudad de Méjico que fuese muy bien poblada de los naturales mejicanos, como de antes estaban, y les dió franquezas y libertades que no pagasen tributo á su majestad hasta que tuviesen hechas sus casas y aderezadas calzadas y puentes, y todos los edificios y caños por donde solia venir el agua de Chalputepeque para entrar en Méjico, y en la poblacion de los españoles tuviesen hechas iglesias y hospitales, de los cuales cuidaba como superior y vicario el buen padre fray Bartolomé de Olmedo, y habia él mismo recogido en un hospital todos los indios enfermos y los curaba con mucha caridad, y otras cosas que convenian. Y en aquel tiempo vinieron de Castilla al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos, y por vicario general de ellos un muy buen religioso que se decia fray Martin de Valencia, y era natural de una villa de tierra de campo que se decia Valencia de don Juan; y este muy reverendo religioso venia nombrado por el santo Padre para ser vicario, y lo que en su venida y recibimiento se hizo diré adelante.